

sobrada frecuencia de aliviar **con** nuestras buenas obras y con nuestras limosnas, á las almas de **nuestros** parientes que languidecen y sufren en aquellos tenebrosos calabozos. ¡ Pobres almas demasiado abandonadas! no en vano se habrá **presentado** vuestro recuerdo á mi memoria; desde lo alto de este púlpito, **me** vuelvo hácia el tabernáculo y voy á dirigir al Señor para vosotras **una** plegaria á que se uniran todos los fieles que me escuchan: Padre **nuestro**, que estás en los cielos, libra de los males que padecen á las **pobres** almas del purgatorio... Os conjuro, carísimos hermanos míos, á **que** os penetreis bien de este pensamiento y á que repitais estas palabras mientras asistais al santo Sacrificio de la Misa.

Sin embargo, hermanos **míos**, el mal más cruel, aquel de que debemos principalmente conjurar **á** la divina misericordia que nos preserve, es el infierno, mansión de **dolor** y de rugidos, de blasfemias y de tormentos indescriptibles, **donde** las almas réprobas permanecerán por toda la eternidad. Jamás **un** rayo de luz, jamás un rastro de esperanza penetrará en aquella **horrorosa** cárcel; una vez allí, todo se acabó, no se conoce á Dios más que **para** maldecirle, ni á la augusta Virgen María que para blasfemarla. **Pobres** condenados, convertidos en juguete de los demonios, se revolcarán **en** inmensos braseros por toda la eternidad... ¡ Adios, cielo! ¡ Adios, **delicias** del paraíso! ¡ Adios felicidad de los santos, deliciosos conciertos!...; **De** la mansión para la cual les había criado Dios! Jamás, jamás... **No** prosigo... ¡ Ah, hermanos míos muy amados, qué desgracia!... **Pidamos** á nuestro Padre que está en los cielos, que nos preserve de este **mal**, el más irreparable de todos los malos...

PERORACIÓN. — Así pues, hermanos míos, cuando dirigimos á Dios esta última petición de la **oración** dominical, podemos suplicarle que aleje de nosotros los males **y** las miserias de esta vida; pero, ante todo debemos reclamar de su **misericordia** que preserve á nuestra alma del pecado mortal, y sobre **todo** que nos conceda la gracia de que no suframos los males de la **otra** vida. Esta última clase de males, el purgatorio y especialmente el **infierno** son los que principalmente se han de temer... ¡ Cuánto me agrada la súplica del buen ladrón en la cruz! No dice: « Jesús, consérvame **la** vida ó cuando menos suaviza los sufrimientos que paso »: nó. « Señor, dice, hazme la gracia de llamarme á tu

reino », y merece oír estas palabras: « Hoy estarás conmigo en el paraíso. »; ¡ Oh, Padre nuestro que estais en los cielos, **libradnos de mal** y sobre todo del que podría alcanzarnos en la otra vida; concedednos la gracia de que vivamos bastante santamente para que también nosotros merezcamos un día ir á bendeciros allá arriba, en vuestro reino eterno!.. Así sea.

## INSTRUCCION DECIMOSEXTA.

### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION NOVENA.

EXCELENCIA DE LA FRASE: ASI SEA.

TEXTO. — *Sed libera nos a malo. Amen..* Mas libranos de mal. Así sea

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Hermanos míos, la oración dominical concluye, como casi todas las oraciones, con una breve frase, que no siempre es bien comprendida; con la palabra *Amen* ó *Asi sea*... Quisiera, con este motivo, daros algunas explicaciones. Pero antes voy á referiros dos hechos, sacado el uno de la vida de san Bernardo, y el otro creo que es de la vida de san Ignacio y de sus compañeros.

San Bernardo visitaba cierto día al venerable Pedro de Cluni, particular amigo suyo. Como gozaba ya de gran reputación de santidad, reunióse á los religiosos del monasterio á fin de que pudiese dirigirles algunas palabras edificantes. Hallábase entre los asistentes un humilde hermano converso en quien se fijó el santo abad de Clairvaux; y terminada su plática, dijole á su amigo señalándole aquel hombre: « Ved ahí la perla de vuestro monasterio; teneis sabios doctores y hábiles escritores... pero éste es más grande delante de Dios... » Sorprendido el venerable Pedro hizo avanzar á aquel humilde hermano que guar-

daba los rebaños del monasterio, y que no sabía leer ni escribir. San Bernardo le interrogó y descubrió en aquel hermano pastor tesoros de sumisión y de humildad capaces de arrebatarse á los ángeles. A las preguntas que el abate de Clairvaux le dirigía, contestó ingenuamente: « Cuando estoy en el campo, pienso en nuestros padres que dicen la santa Misa, que celebran el santo oficio, que se entregan á todo género de obras buenas, y pensando después en mí mismo, le digo á Dios: Señor, yo no soy más que un pobre ignorante; pero todo el bien que ellos hacen, os lo ofrezco, en él os bendigo y á él me asocio de todo corazón... » — « Hermano, le dijo san Bernardo, continuad por esta senda, este camino que seguís conduce al cielo... » Lo que el buen religioso hacía era poner á todo un *asi sea*.

Ved ahora el otro rasgo. Viajando un día san Ignacio con algunos de sus primeros compañeros, se les ofreció un buen campesino para llevar sus equipajes. Llegados á la posada, el santo y los religiosos que le acompañaban se pusieron á orar, y el campesino se arrodilló como ellos con la más fervorosa compostura: cuando los padres hacían la señal de la cruz, la hacía también él, y no dejó su postura suplicante hasta que san Ignacio y sus compañeros se hubieron levantado. Preguntósele qué había hecho durante aquel espacio de tiempo: « ¡ Oh ! contestó con toda sencillez, pensaba para mis adentros: Estos hombres son unos santos. Yo, pobre ignorante, no entiendo lo que dicen, pero me uno á sus sentimientos. » San Ignacio admiró la fé y la simplicidad de aquel hombre excelente... ¡ Pues bien, hermanos míos ! aquel pobre aldeano, que se unía de corazón y de espíritu á aquellos fervientes religiosos, era el *asi sea*.

PROPOSICIÓN. — ¡ Oh ! á propósito de esta frase que tan amenudo repetimos sin calcularla, sin comprender su sentido, quisiera hacer algunas observaciones útiles y prácticas; deciros que, empleada como lo está en la santa Iglesia católica, pronunciada con fé, con atención y con respeto, es en cierto modo una oración universal.

DIVISIÓN. — Esta sencilla frase *asi sea* es, como toda oración, en primer lugar, un acto de adoración; en segundo lugar, un acto de petición; en tercer lugar, un acto de agradecimiento.

Primera parte. — La frase *asi sea*, dice el catecismo, es un

compendio de la oración que se acaba de hacer, y expresa sobre todo el deseo que tenemos de que sea atendida... No necesito deciros, hermanos míos, que la palabra *amen* tiene absolutamente el mismo significado; y que por consiguiente, lo que diré respecto de la frase *asi sea*, se aplica naturalmente á la palabra *amen*... Pues bien, sí, esta simple palabra es un acto de adoración. Trasadáos conmigo, sea á Paray-le-Monial, sea al santuario de Lourdes ó de la Salette; ved ahí á diez mil peregrinos ó más cuyos corazones latían al unísono: está expuesto el Santísimo Sacramento; han acudido de todos los puntos de Europa, no volverán á verse tal vez los allí congregados más que en el Cielo; pero poco importa. Un sacerdote, un pontífice tal vez sube al altar; vuélvese hácia aquella multitud, demasiado apiñada quizás para poderse arrodillar y apretada como las espigas de vuestros campos. Para reparar en lo posible las blasfemias, los ultrajes inferidos á la Majestad divina, esta multitud quiere manifestar su creencia y su fé, y el sacerdote ó el pontífice de quien hablábamos pronuncia en alta voz estas palabras: « Alabado, bendito y adorado sea para siempre el Dios que creó el cielo y la tierra. » Y de diez mil pechos sale este mismo grito: *amen, asi sea*. — « Alabado, bendito y adorado sea para siempre Jesucristo en la sagrada Eucaristía... » — « *Amen, asi sea*, » responde la multitud — « Triunfe Dios, y confundidos sean sus enemigos. » — « *Amen, asi sea ! ...* » ¿ Veis lo que encierra esta frase tan sencilla *asi sea* ?

Y si dejando esa reunión de peregrinos, penetrásemos en espíritu en aquellas augustas asambleas que se llaman Concilios, oiríamos igualmente una Voz augusta elevarse en medio de todos, proclamar la gloria del Altísimo, reclamar para él la adoración y el respeto, la sumisión de toda criatura á su suprema autoridad; y los obispos y patriarcas congregados, contestan á aquellas aclamaciones, como los más humildes peregrinos: — « *Amen, asi sea !* » Sí, que Dios sea honrado y glorificado... » Y nosotros mismos, cristianos, en esta humilde iglesia, si reflexionásemos bien, veríamos que esta simple palabra es con frecuencia un acto de adoración. Cuando, ya en nuestros oficios públicos, ya también en reuniones menos solemnes, oímos pronunciar estas palabras: « Gloria sea dada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo;

cual se le dió en el principio, désele hoy y siempre y por los siglos de los siglos, repetimos con fé : *asi sea*, hacemos con esta simple frase un acto de adoración, reconocemos que Dios merece los homenajes del universo entero y deseamos que los obtenga.

*Segunda parte.* — He añadido, hermanos míos, que esta simple frase *amen, asi sea*, era un acto de petición, es decir una fórmula abreviada con que reclamamos de la misericordia de Dios las gracias que necesitamos. ¡ Oh ! vais á entenderme perfectamente. Cuando, después de haber rezado la oración dominical, decís *asi sea*, es como si la repitieseis después de cada una de las peticiones que comprende esta preciosa oración. Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... *Amen, asi sea...* El pan nuestro de cada día dánosle hoy... *Asi sea...* Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores... *Asi sea...* No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal... *Asi sea...* ¿ Os haceis cargo de que estas palabras *asi sea*, encierran por sí solas una oración ?

Volveis, realmente, á encontrarlas al fin de casi todas las fórmulas de oraciones indicadas por la Iglesia santa... Tomemos por ejemplo las palabras pronunciadas por el sacerdote en la santa Misa, cuando bendice y consagra en cierto modo aquel pan que se le trae y que, reemplazando muy imperfectamente á la sagrada comunión, se ha de distribuir á todos los fieles. Vosotros no habeis comprendido, ni habeis oído las palabras que ha pronunciado, por las cuales suplicaba al Señor que aquel pan fuese, para todos los que lo tomasen con fé, un manantial de salud para el alma y para el cuerpo, un remedio contra todas las enfermedades, un escudo contra los ataques de Satanás. Aquella gracia se pide en nombre de Jesucristo, pan vivo descendido del cielo y que reside siempre en la sagrada Eucaristía... Pronunciada esta bendición, contesta el monaguillo, en nombre de todos vosotros : *amen, asi sea...* Tomad pues aquel pan, bendito desde aquel instante, con fé, con piedad: tomadlo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Realicese en vosotros la bendición pedida para aquellos que empleasen este pan : *asi sea...* Abrid vuestros libros de Misa, releed cada una de las oraciones que contienen, todas piden para nosotros una gracia especial. Por Pascua rá el deseo de llegar á aquella eternidad bienaventurada, cuyas puer-

tas nos abre la Resurrección del Salvador ; el día de la Ascensión, el sacerdote pedirá en su oración que nuestros espíritus se eleven principalmente hácia el cielo, á donde nuestro Salvador nos precedió ; en el día de la Asunción, suplicaremos á la divina misericordia que nos perdone nuestras faltas por los méritos de la santísima Virgen, y reclamaremos nuestra salvación, apoyados en su intercesión tan poderosa ; en el día de Todos los Santos, se invocarán en favor nuestro los sufragios de todos los santos que estan en el cielo... Hermanos míos muy amados, estas oraciones y otras muchas, que reza el sacerdote en el altar, nosotros no podemos comprender su sentido ; pero nos basta responder : *amen, asi sea!*.. Esto quiere decir : ¡ Oh santa Iglesia católica ! en vuestros brazos me entrego, vos sabeis mis necesidades, con vos y como vos, solicito las gracias que nos son necesarias... Sí, lo repito, esta frase *asi sea*, bien pronunciada, es una oración al alcance de todos.

¡ Qué oración tan fácil esta simple frase pronunciada con fé!... ¿ He de mostraros, hermanos míos muy amados, al sacerdote en el altar santo ? Ha llegado el momento más solemne de la santa Misa, acaba de orar para los vivos, para su parroquia entera, hasta para los ausentes : ha consagrado el pan y el vino, Jesucristo está sobre el altar ; ha expresado los sentimientos que la Iglesia santa ha encerrado en estas hermosas oración de la santa Misa, sentimientos de compasión, de misericordia y de amor. Después de estos instantes de silencio y de recojimiento, después de haber orado para todos nosotros infelices pecadores : « Estas gracias, dice, las reclamamos en nombre de Jesucristo ; en nombre de Jesucristo, que vive y reina en los siglos de los siglos ; » y todos vosotros respondeis : *amen, asi sea*. Esta simple palabra expresa vuestra unión con el sacerdote y os asocia á las gracias que ha pedido.

*Tercera parte.* — He añadido que esta frase *asi sea*, era también un acto de reconocimiento, una especie de resumen, que, formulado á continuación de ciertas oraciones, significaba : « Señor, os bendigo y os doy gracias por los beneficios de que me habeis colmado... » Citemos asimismo, á este propósito, las oraciones que la santa Iglesia emplea en su liturgia. A veces, en una salutación de acción de gracias ó en otras circunstancias, recitamos esta oración : « ¡ Oh Dios, cuya misericordia

y bondad son infinitas, damos gracias á vuestra dulcísima majestad por los beneficios de que nos ha colmado; perseverando en invocar vuestra clemencia, nos habeis concedido las gracias pedidas; no nos abandoneis, y dignaos disponernos para gozar de las recompensas que nos teneis destinadas... » *Así sea*, responde el pueblo. ¿No hay en esta simple frase un acto de agradecimiento? ¿No significa: « ¡Oh, sí, Señor! os damos gracias por habernos atendido?... » ¡Ah, hermanos míos! vuelvo á esas peregrinaciones, á esas grandes manifestaciones religiosas que son la alegría de los corazones cristianos, que serán la gloria de nuestra época. Manifestaciones admirables, opuestas á esos alaridos callejeros que, con harta frecuencia, turban la tranquilidad de nuestras ciudades. Después de las gracias obtenidas, después de haber sido testigos de muchas curaciones maravillosas, reúne la multitud en el santuario, entre las aclamaciones que preceden á la partida (también las hay que expresan su reconocimiento); una voz grita: « ¡Bendito, alabado y glorificado sea por sus beneficios el Señor Dios de nuestros padres! — ¡*Así sea!* responde la multitud. — « Bendigan nuestras almas al Señor y guarden un recuerdo imperecedero de sus beneficios. » — « *Así sea* » vuelven á contestar los peregrinos... ¿Me he explicado bien, hermanos míos muy amados? ¿Os he hecho comprender bien cómo estas palabras *amen, así sea*, pronunciadas con fé, eran en cierto modo el resumen de vuestras oraciones? Lo encontráis al fin de la Salutación angélica. Cuando habeis suplicado á la Virgen María que ruegue por vosotros ahora y en la hora de vuestra muerte, decís: *así sea*. Acabais de recitar el Símbolo, habeis hecho un acto de fé, y habeis terminado con esta frase *así sea*, como si hubieseis dicho: « Hacedme la gracia, Dios mio, de que crea todas estas verdades con toda la energía de mi alma. » Estas mismas palabras terminan el acto de renovación de las promesas del bautismo: Renuncio con todo mi corazón á Satanás, á sus obras, á sus pompas; quiero vivir y morir únicamente por Jesucristo; y añadís: *amen, así sea*, para atestiguar vuestro agradecimiento hácia Dios que os libró de la mancha original y para protestar de que quereis serle fieles para siempre jamás.

PERORACIÓN. — ¡Cuán grande, carísimos hermanos míos muy amados, es el amor de Dios para nosotros! ¡Cómo nos hace fácil la oración!

Si quisieramos comprender bien, veríamos que no se trata de ser rico ni de ser sabios para serle agradables; buen corazón, ved ahí lo que reclama. Especialmente en la oración pública, puede el más ignorante hacersele agradable; le basta asociarse á los sentimientos expresados por la Iglesia santa, le basta repetir con atención y fé esta simple frase: *amen, así sea*. Dios mio, yo me uno á los sentimientos expresados en las oraciones públicas; ignoro el idioma empleado por la Iglesia, pero vos sí que lo comprendéis; cual ella os adora, os adoro yo; lo que ella pide para mí, lo pido yo; lo que ella desea, lo deseo yo; lo que de vos se solicita en estas santas oraciones que se os dirijen, también yo lo solicito; ella os adora, *así sea*; ella os pide perdón por los pecados de sus hijos, *así sea*; ella reclama para mí, pobre pecador, indulgencia, misericordia perdón, *así sea*; ella os suplica que nos concedais á todos una morada allá arriba en vuestro paraíso... ¡Oh! nuevamente lo repito, ¡*así sea!*

## INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION PRIMERA.

##### SALUTACION DEL ARCANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio..* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 29).

EXORDIO. — Con el auxilio del cielo, hermanos míos muy amados, he podido levantar una punta del velo que oculta las magnificencias encerradas en la oración que el Salvador enseñó á sus apóstoles. Os he